EL ENCUENTRO QUE NUNCA ESPERAS

EL ENCUENTRO QUE NUNCA ESPERAS

A veces la mayor sorpresa es descubrir cómo te ven los demás.

Nunca fui especialmente entusiasta de las redes sociales.

A los sesenta y un años, siempre había pensado en ellas como un campo de entrenamiento para gente más joven. Al menos, esa era mi suposición.

Pero mi mujer me empujó a registrarme.

Según ella, me ayudaría a ganar más visibilidad para gillettenarrative.com, a dar a conocer quién era yo y a presentarles mi proyecto. Al menos esas, afirmaba, eran sus nobles intenciones.

Sin embargo, la web social resultó ser mucho más compleja que mi esquema mental.

En lugar de promocionarme y meter enlaces a mis publicaciones por todas partes, simplemente subí una fotografía y mis datos personales. Lo justo para decir quién era, sin fingir ser otro.

Siempre había sido una regla impuesta por mi padre.

A lo largo de su vida repitió una y otra vez el mismo principio:

Primero los hechos, luego el noir literario.

Algunos acontecimientos de los días anteriores, relacionados con el posicionamiento de mi sitio web, que había notado casi por casualidad, nunca me habían llevado a creer otra cosa sino que estaba solo, observando y leyendo.

Nunca imaginé, ni remotamente, que otros también estaban mirando.

Y que podían venir de todos los rincones del mundo.

Mi mujer, previsora como siempre, me recordó que distinguiera claramente entre lo que era real y lo que podía ser simplemente falso.

Luego me hizo una pregunta que me desestabilizó por completo.

«He mirado los análisis de sangre que te hiciste hace unos meses porque insistí en verlos. El valor de la testosterona no aparecía, así que llamé a la clínica y pregunté por qué.»

Hizo una pausa antes de continuar.

«Me dijeron que su sistema de informes solo muestra valores de hasta tres cifras. El tuyo no aparecía porque tiene cuatro.»

Me contó que había preguntado si había habido un error, si estaban hablando de la misma persona.

Confirmaron mis datos personales.

Entonces, según mi mujer, una de las recepcionistas añadió con una sonrisa:

«Señora, cuando se canse de su marido, mándenoslo a nosotras.»

La atención, casi como si fuera un destino más que una condena, siempre había llegado a través de mujeres notables que medían sus intenciones con palabras y fotografías.

El primer mensaje simplemente hacía preguntas.

Sonreí y seguí adelante.

Luego llegó otro mensaje con un número de WhatsApp y una petición de ponerse en contacto.

Por fin llegó el último.

«Quiero conocerte. Pienso en ti toda la noche. Soy americana, cuarenta y ocho años, soltera, y te quiero a ti.»

Sonreí.

Pero no pude resistirme a contestar.

Escribí:

«Estimada señora, sus palabras me halagan, pero hay tres razones que nos mantienen separados: la distancia, la diferencia de edad y mi mujer.»

«Los dos primeros obstáculos probablemente puedan superarse. En cuanto a mi mujer, con mucho gusto le facilitaré su número de teléfono para que ustedes dos puedan llegar a un acuerdo sobre un posible arreglo.»

«Quizá podrían repartirme entre los días pares y los días impares.»

«Pero no lo reduzcan a turnos por horas. No soy hombre de horarios ni de relojes.»

«Soy alguien a quien no esperas, y una vez que la gente se acostumbra a mí, dejarme ir se vuelve bastante difícil.»

Unas horas más tarde, mi mujer entró sonriendo en mi despacho.

Me informó de que había recibido un mensaje de una mujer americana y quería saber qué debía hacer.

Mi respuesta inmediata fue sencilla:

«Lo que os haga felices a las dos.»

Luego añadí:

«Solo recuerda que odio ver llorar a una mujer. Solo me gusta verlas sonreír.»

Se dio la vuelta y salió de la habitación sin decir una palabra.

Y sin embargo era la primera vez que usaba las redes sociales para mantener realmente una conversación.

Esa noche, durante la cena, no dejaba de mirarme.

Mi hija se reía.

Entonces mi mujer estalló de repente:

«He visto fotografías tuyas de hace dos años, y ya no eres la misma persona.»

Me miró fijamente.

«¿Quién demonios eres tú, en realidad?»

Respondí sin dudar:

«Soy Ferdinando Frega, Founder & Owner de gillettenarrative.com, uno de los colegas de Jesucristo en Gillette.»

Ella se echó a reír.

Luego declaró, lo bastante alto como para que todos en la mesa lo oyeran, que nunca me compartiría con otra mujer.

Por una razón muy simple.

Yo ya era perfectamente capaz de dividirme sin el permiso de nadie.

Y eso estaba muy bien.

Ferdinando Frega
BLADEFREGA